

## José Luís Comellas, in memoriam

Para los que nos adentramos a finales de los años ochenta del pasado siglo en el fascinante mundo de la observación visual del cielo, de la mano del cometa de Halley y del Cosmos de Carl Sagan, la muerte de José Luis Comellas representa la pérdida de todo un mito. En un tiempo sin Internet, en el que apenas empezaban a comercializarse los PC's con unas prestaciones que hoy nos dan risa, en el que las empresas que vendían telescopios y accesorios astronómicos se contaban con los dedos de una mano, y en el que muchos de los aficionados que observaban se fabricaban sus telescopios, José Luis Comellas dio un impulso decisivo a la afición por la observación astronómica, incrementando enormemente el número de aficionados noveles, afición de la que los supervivientes de aquella generación todavía no nos hemos desenganchado.

Desde un pueblo cercano a Sevilla, en los años setenta, con un cielo que ya empezaba a notar la contaminación lumínica, Comellas se lanzó a una empresa épica: con un refractor de 75 mm, a la manera metódica de un William Herschel, barrió sistemáticamente el cielo y observó todo aquello que llegaba a alcanzar con su modesto tubo, anotando cuidadosamente lo que era relevante: estrella a estrella, cúmulo a cúmulo, nebulosa a nebulosa y galaxia a galaxia. Y después nos hizo un regalo precioso a quienes empezábamos a aprender a hacer lo mismo: trasladó al papel, con una prosa excelente, el relato de su viaje por el universo en un libro magistral que, para todos nosotros, fue como la Biblia del observador visual: **Guía del Firmamento**, del que se han realizado varias ediciones posteriores, con las correcciones y actualizaciones preceptivas debidas al progreso del conocimiento astronómico. Posteriormente, complementó su tarea divulgadora –además de incontables obras de historia, puesto que era historiador– con numerosas publicaciones más, entre las que destacan **El Catálogo Messier**, **Astronomía**, **El mundo de las Estrellas**, **El cometa Halley** y **El Universo**. A ellas hay que añadir varios catálogos de estrellas dobles, su objeto predilecto.

**Guía del Firmamento** es todo un prodigio de la literatura astronómica. Después de una primera parte introductoria con generalidades sobre la esfera celeste, instrumentos y técnicas de observación así como la observación del Sol, la Luna, los planetas, las estrellas y galaxias, la parte del león del libro está dedicada a exponer su propia odisea observacional. Divide el cielo en regiones: la región circumpolar Norte y, después, el cielo de primavera, el de verano, el de otoño y el de invierno. La obra culmina con una serie de catálogos de estrellas de referencia, estrellas variables, estrellas dobles, cúmulos y nebulosas.

Con una minuciosidad escrupulosa, Comellas te va guiando por el área descrita construyendo un itinerario que empieza con una estrella fácilmente distinguible con el buscador del telescopio y va saltando hacia las vecinas, explicando aquello que se va encontrando por el camino y aliñando la descripción con todo tipo de detalles: magnitudes, colores, separaciones angulares, apreciaciones de observación, instrumentos para observar mejor el objeto, trucos de observación, cuestiones de historia, curiosidades y anécdotas sobre el objeto... Y lo describe con una prosa elegante, nada repetitiva, que convierte la lectura en todo un placer. Recuerdo

el gozo que suponía ir leyendo el libro, con la compañía de **Sky Atlas 2000**, de **Wil Tirion** -la Biblia de los mapas del cielo de la época para el observador visual- sobre la mesa, identificando el itinerario de **Comellas** y pensando en si serías capaz de reproducirlo por la noche y si podrías ver todo aquello que exponía. Era aquel un tiempo en el cual quedaba todavía un poco lejos la futura invasión de la tecnología y los automatismos del telescopio que permiten localizar los objetos sin pasar por el vía crucis de encontrarlos con el **buscador**. Los practicantes de la observación visual todavía estábamos bastante cerca de la romántica imagen del clásico astrónomo, con el ojo pegado al **buscador**, localizando el rosario de estrellas del mapa que te marcaba el camino hacia tu objetivo. Era una tarea pesada, sí, pero tenía la recompensa impagable de la satisfacción que sentías cuando, después de varios intentos infructuosos, aparecía finalmente en el campo del ocular el astro que buscabas y, de paso, obtenías el regalo añadido de ir acumulando en la memoria la imagen del fondo del cielo que observabas a través del **buscador**, el recuerdo del cual te permitía localizar con mucha más facilidad aquel objeto en el futuro.

**Comellas** nos enseñó asimismo que la tarea del observador visual no tenía por qué ser una actividad puramente contemplativa. Nos transmitía también la emoción y el privilegio de disfrutar de la magia del telescopio, así como el rigor y la metodología necesaria para convertir, si se quería, aquella actividad en algo importante desde el punto de vista científico: cómo determinar con exactitud separaciones angulares entre los astros, la observación y medida de los cambios de posición en sistemas de estrellas dobles, la determinación visual con el máximo de precisión de las magnitudes de las estrellas, cosa importante en una época sin **CCD's** que te permitía descubrir estrellas variables e, incluso, construir su curva de luz, etc... Pese a celebrar los diversos reconocimientos y premios obtenidos en los últimos años de su vida, algunos nunca le habremos podido agradecer bastante a Comellas la manera cómo nos enseñó a descubrir los tesoros del universo. Descanse en paz.

Pere Horts

Societat Astronòmica de Figueres